



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

A sus cuarenta años, divorciado y padre de un hijo al que apenas ve, Éric Kherson es director comercial de una gran marca deportiva. De comenzar como vendedor en la sección de tenis de Decathlon a ascender de jerarquías hasta consolidarse como un alto cargo en el grupo, Éric podría considerarse un hombre de éxito, más aún teniendo en cuenta sus orígenes humildes. Pero desde hace un tiempo su porvenir se le antoja desalentador, un camino carente de expectativas y retos que lo conduce al borde mismo de una depresión. Es entonces cuando, a través del grupo de Facebook de exalumnos del instituto, recibe un men-

saje de una antigua compañera a la que lleva más de veinte años sin ver y con la que, si la memoria no le falla, prácticamente han sido siempre dos desconocidos. Miembro del flamante gobierno de Emmanuel Macron, Amélie Mortiers contacta con Éric movida no por una súbita nostalgia adolescente, sino por la necesidad de incorporar a alguien de su perfil en la Secretaría de Comercio Exterior. La oferta de un puesto en el gabinete de Amélie toma por sorpresa a Éric que, tras meditarlo un poco, acepta convencido de que un cambio profesional puede ser un buen modo de sacarse el hastío de encima.

Comienza así una etapa de viajes al extranjero, reuniones con empresarios y una agenda apretadísima que lo distancia todavía un poco más de su hijo. Al ritmo de sus logros profesionales y las exigencias de Amélie, Éric parece recuperar el entusiasmo perdido, pero su felicidad resulta ser un estado pasajero. Durante un viaje a Corea del Sur en compañía de Amélie para cerrar un importante trato con Samsung, sufre una indisposición en plena reunión y a partir de ese instante algo deja de estar bien. Desligándose de sus responsabilidades, se ve vagando desorientado por las calles de Seúl hasta que se topa con Happy Life, una tienda que ofrece a sus clientes un extraño servicio: organizar un funeral falso que, aseguran, tiene el poder de devolverles la alegría de vivir. Entre la curiosidad y la necesidad de frenar su caída libre, decide contratar una ceremonia exprés y el resultado de la experiencia es asombroso. Poco importa que su funeral haya supuesto abandonar a Amélie en medio de una negociación clave, porque después de escribir su epitafio, pasar una hora en un ataúd y to-

mar consciencia de su existencia y su finitud, Éric siente que por fin todo puede cambiar y vuelven a él las ganas de vivir. De regreso en Francia, su irresponsabilidad profesional lo obliga a dimitir, pide a su exmujer la custodia compartida de su hijo y, acto seguido, el mundo se paraliza a causa de un virus y él descubre la satisfacción de ser un padre a tiempo completo.

A medida que rehace el vínculo con su familia, el impacto terapéutico de la experiencia lleva a Éric a decidir importar la tendencia surcoreana y abrir Lycoris, la primera empresa francesa dedicada a celebrar funerales falsos. Transformado en una suerte de terapeuta con talento para los negocios, hace de Lycoris un emprendimiento de éxito que no tarda en expandirse por Francia y le brinda a la gente la posibilidad de reconsiderar sus vidas. Una oportunidad que Amélie necesita concederse cuando, tras una serie de fracasos personales, busca nuevamente a Éric, huyendo de su desesperación y deseando ser, por una vez, ella misma.

CLAVES DE LA NOVELA

Con más de una decena de novelas publicadas, adaptaciones cinematográficas y galardones de la talla del Premio Renaudot y el Goncourt des lycéens, David Foenkinos se ha convertido en uno de los autores más vendidos de Francia y una voz ineludible a la hora de hablar de la literatura contemporánea gala. Capaz de reinventarse en cada una de sus obras, ha demostrado ser un autor versátil que extrae historias de los lugares más insospechados y, al mismo tiempo, permanece fiel a un estilo de aparente ligereza que conjuga tragedia, ternura y mordaz comicidad a partes iguales. Desde las aclamadas *La delicadeza* y *Charlotte* hasta *Número dos*, su novela más reciente, pasando por títulos como *Hacia la belleza* y *La biblioteca de los libros rechazados*, hay temas, a su vez, que reaparecen desde diversas perspectivas, vertebrando su obra y dándole una singular coherencia que no está reñida con la inventiva y el divertido ingenio que caracterizan al autor. El azar, el destino, la muerte, el fracaso y la felicidad constituyen obsesiones literarias que, inagotables, Foenkinos continúa explorando en *La vida feliz*, una nueva novela que habla de vidas cuyo sentido se escabulle, del tremendo peso

de los remordimientos y la culpa, y de segundas oportunidades que, insólitamente, comienzan en un ataúd.

Tras dedicar dos décadas de su existencia a escalar posiciones en una gran empresa, perdiendo el entusiasmo en el camino, y también los afectos, Éric siente que la apatía lo domina y el puesto ministerial que le ofrece Amélie, con sus viajes por el mundo y sus juegos de estrategia, es apenas un leve estímulo que no alcanza a devolverle el deseo de encadenar un día con otro. Solo una experiencia tan radical como la muerte, aunque ésta no sea más que una actuación, tiene el impacto necesario para revertir el proceso de declive y sinsentido en el que se ha convertido su vida. Siguiendo los pasos de su protagonista en una ciudad extraña, David Foenkinos nos conduce hasta un lugar que parece salir de una fantasía onírica pero es la recreación de un fenómeno tan real como actual: la tendencia surcoreana de celebrar falsos funerales colectivos que, según cuentan los testimonios, son una eficaz terapia para poner en valor la vida y recuperar el bienestar perdido. La práctica nace, no en vano, en un país con una elevada tasa de suicidios, consecuencia directa

del estrés, la presión social, la incertidumbre respecto al futuro y un culto a la perfección que engendra una permanente sensación de insatisfacción y fracaso. Con un sentido del humor agudo y sutil, Foenkinos imagina el desembarco de esta práctica en Francia de la mano de un hombre que, al igual que gran parte de la clientela, llega a Happy Life con un bajo nivel de felicidad personal. Los orígenes más profundos de este malestar que lo aleja del mundo y lo arrincona en una vida que se apaga, están en la pérdida del padre, una tragedia de la que se cree responsable y que imprime en él un intenso e imperecedero sentimiento de culpa del que comienza a librarse, paradójicamente, cuando dentro de un ataúd se confronta con su propia finitud y el inventario de fallos y escasos logros que lo definen. La escenificación del funeral tiene un efecto catártico para un personaje que consigue representar su muerte, y en ese acto cambiar de perspectiva, pero hasta entonces ha fracasado a la hora de construir un relato de sí mismo que lo muestre como un hombre entusiasta y feliz. Al contrario de Éric, Amélie es una brillante narradora de su vida con habilidad para tejer un relato que, poco importa la veracidad, resulta perfectamente reproducible en conversaciones y redes sociales y, a la par, alimenta la imagen del éxito más instagrameable. En los alardes de felicidad de Amélie, sin embargo, Éric intuye un precipicio que queda en evidencia cuando, tanto en el plano sentimental como profesional, el fracaso acecha y la historia construida con esmero se resquebraja a golpes de inseguridad, paranoia y decepción. Al ritmo

de sus diferencias, y como si se trataran de opuestos complementarios con una misteriosa química, ambos trazan trayectorias inversas que terminan uniéndolos: de la desgana a un cierto optimismo y el deseo de vivir, en el caso de Éric, y de la vocación de éxito a la vulnerabilidad y las muchas aristas de la desilusión, en el de Amélie. El encuentro entre estos personajes, por otra parte, es consecuencia de una azarosa concatenación de acontecimientos que, mirando atrás, cobra la consistencia y el sentido del destino: un relato que comienza con un inocente y divertido guiño, aquella dedicatoria que ella escribe en el reverso de una fotografía escolar.

Entre funerales ficticios, matrimonios que fingen no haberse agotado y profesionales que no dudan en echar mano de falsedades para mostrar la mejor versión de sí mismos, esa que todos necesitan creer, *La vida feliz* transita el impreciso límite que separa verdad y mentira bajo la dictadura de las apariencias y el imperativo de conquistar aquella entelequia que da título a la novela. La vida feliz, o su promesa, recorre la obra, a su vez, como un interrogante tácito, subterráneo, acerca de qué significa la felicidad en un mundo donde este estado puede ser sinónimo de triunfo social y volverse una asfixiante imposición, o bien, tomar la forma más elusiva de una búsqueda de amor, de sentido y de belleza. Búsqueda en la que, por obra del azar o del destino, difícil saberlo, se embarcan dos personajes delineados con afecto y luminosidad. Un hombre y una mujer que, al volver a verse, descubren la oportunidad de ser ellos mismos y habitar, por fin, sus vidas.

LOS PERSONAJES

ÉRIC

Durante casi veinte años, Éric Kherson dedica su vida a la marca deportiva en la que entró siendo un joven estudiante de Empresariales con dotes de vendedor convincente. Hijo de un albañil polaco y una profesora de Geografía e Historia de origen burgués, nace en Rennes, donde vive hasta que, tras la muerte temprana de su padre —un giro trágico del destino del que se siente responsable—, se marcha rumbo a París y una nueva existencia que construye sin mirar demasiado atrás. Quizá por eso reacciona con sorpresa cuando Amélie se pone en contacto con él a través de Facebook, evocando con fingido afecto un pasado que se reduce a un puñado de momentos compartidos y la enigmática frase que ella le escribe en la fotografía de fin de curso: «Volveremos a vernos». Frente a la actitud triunfadora de ella, Éric se siente desarmado e inseguro, un hombre que, más allá de sus logros profesionales, tiene muy poco a lo que aferrarse para dar la imagen de vida feliz que Amélie pregona en conversaciones y redes sociales. El viaje a Corea del Sur, sin embargo, es un punto de inflexión para un personaje que, a partir de ese momento, vira hacia los afectos, la empatía y un misticismo que hace de él un acompañante perfecto para aquellas personas que necesitan (casi) morir para abrazar otra vez la vida.

«Éric debía pensárselo. Sus dudas eran de lo más razonables: renunciar a un puesto importante y estable por una aventura ministerial incierta por definición. El salario sería inferior, aunque ese aspecto le preocupaba poco. Le

parecía casi inverosímil haberse ganado tan bien la vida hasta entonces, dados sus modestos orígenes. Su éxito le había permitido regalarle a su madre un piso grande, no muy lejos de su barrio. Que su padre no hubiera podido ser testigo de aquella consagración material le encogía el corazón. Su entorno lo consideraba “un buen hijo”, aunque su generosidad representaba más bien una compensación aceptable por su distanciamiento. Raras veces regresaba a la Bretaña de su niñez, donde siempre acababa sintiendo cierto malestar. Allí se concitaban todos los ingredientes de una nostalgia insípida. A decir verdad, había dejado paulatinamente de ir a ver a su madre, cansado de antemano de aquellas conversaciones idénticas, de la cantinela incesante de los reproches. Un rosario de indirectas negativas que constituía una auténtica requisitoria en su contra. Éric justificaba a veces la actitud de su madre: la mujer sufría. Pero él también vivía obsesionado por lo que había ocurrido. En aquel entonces hubo de acudir al psicólogo, antes de marcharse a París. La huida fue una especie de remedio. Se concedió a sí mismo la ilusión de ser la primera página de una novela. También rompió relaciones con muchos de sus conocidos, pues tenía la necesidad de rodearse de gente que no supiera nada de su pasado; gente cuya mera presencia no amenazara con hundirlo en recuerdos agrios. Había que distanciarse de los testigos de la tragedia». (pp. 17-18)

AMÉLIE

Como jefa de gabinete en la Secretaría de Comercio Exterior, Amélie Mortiers tiene la tarea de poner en marcha un equipo para conquistar mercados extranjeros y atraer inversores. A su alrededor abundan los tecnócratas, pero ella quiere a su lado a un perfil proveniente de la sociedad civil y es por eso que contacta con Éric, aquel excompañero del instituto cuyos hitos en Decathlon ha visto publicados en su, por demás deslucido, perfil de Facebook. Casada con el escritor de una única novela y madre de dos hijas, Amélie ha construido a conciencia un relato de sí misma que encaja con la idea de felicidad y realización personal que la sociedad se empeña en reproducir: amor conyugal, hijas adorables, excelentes contactos profesionales, aspecto atractivo, un amplio piso en París, navidades en los Alpes y un fingido apego a los orígenes bretones que le confiere un aire de sencilla y genuina humanidad. Esta fachada, sin embargo, se va resquebrajando en la medida en que su carrera política se tuerce, su matrimonio se viene abajo, su amante la traiciona y la agresiva vitalidad de antaño cede paso a la desesperación y una sensación de fracaso de la que Amélie tal vez pueda librarse con ayuda de ese excompañero de clase al que décadas atrás le declaró que, sin duda, volverían a verse.

«Aquellas estampas de su adolescencia eran como de ciencia ficción. Tardó un momento en reconocerse en la última fila, a la izquierda. Le resultó imposible recordar los nombres de pila de todos sus compañeros. Su memoria se estaba desvaneciendo. Finalmente identificó a Amélie, que sonreía de oreja a oreja, como un adelanto de los éxitos que estaban por venir. Pero había otro elemento digno de ser subrayado: llevaba un jersey rojo. Aquella mañana, por tanto, debió de levantarse y escoger la prenda más llamativa de su ropero. Nadie llevaba por azar un suéter así el día de la foto de clase. Era innegable que había en ella un deseo de imponerse al tiempo de un modo ostentoso (una posteridad colorida).

Éric descubrió entonces un detalle sorprendente. La foto estaba pegada en una carpeta de cartón con solapas en la que habían firmado todos los alumnos. Todo el mundo debió de hacer lo mismo, pedir a los compañeros una pequeña dedicatoria de recuerdo. Repasó aquella página llena de dibujitos y «besos» hasta dar con la firma de Amélie. Justo encima había escrito: “Volveremos a vernos”. La frase lo dejó estupefacto. ¿Por qué había puesto eso? “Volveremos a vernos”... Si apenas se conocían». (p. 36)

ISABELLE

Éric conoce a Isabelle vendiéndole un par de deportivas para una maratón en la que él también se inscribe con el único objetivo de volver a verla. A ella, que viene de una relación turbulenta, le atrae el aire sosegado de él y la promesa de un ordenado amor a la suiza que, sin embargo, no tarda en sentir previsible, distante y desabrido. Tras divorciarse, encuentra en Marc, su nueva pareja, a un compañero a la altura de sus expectativas sentimentales, y también, a una figura paterna para Hugo, el hijo que tuvo con Éric y cuya custodia él le ha cedido. Isabelle parece estar a gusto con su vida, pero los cambios que se operan en su exmarido acaban arrastrándola a ella también, que primero protesta cuando él pide volver a convivir con su hijo, y poco a poco, mientras su relación con Marc se viene abajo, comienza a mirar a Éric con otros ojos y cierta nostalgia por los tiempos pasados, cuando ellos dos y su hijo aún eran una familia con un futuro por delante.

«A Isabelle la pilló desprevenida aquella alusión. Era la primera vez que Éric pronunciaba el nombre de su “sucesor”. Durante años había sido completamente tabú en sus labios. De nuevo, una señal del sosiego que se instalaba entre ellos. Aun así, Isabelle no estaba dispuesta a hacerle confidencias a Éric y revelarle la verdad: estaba pasando por una mala racha con su pareja. Algo se tambaleaba entre ellos. Eludió el tema diciendo que sí, que Marc siempre

estaba ahí para ella; pero pronunció aquellas palabras sin apenas convicción, de una manera más mecánica que sentida. Sin saber muy bien por qué, volvieron a abordar el episodio de la maratón, auténtico hito de su mitología personal. Con el tiempo, por fin lograban recordar solo los mejores momentos de su historia. Éric estaba mejor, lo que le permitía también restablecer los vínculos con su pasado, visitar con serenidad lo que había perdido». (p. 135)

DOMINIQUE

La madre de Éric es una mujer difícil, con el don para poner el dedo en la llaga cada vez que su hijo la visita en Rennes. Es por eso que Éric prefiere mantenerse a distancia de esta mujer que se enamoró de un albañil polaco y, oponiéndose a la voluntad de sus padres, se casó y fue feliz durante un tiempo, hasta que él muere en un accidente yendo a recoger a su hijo a la salida del club de tenis. Esta pérdida llena a Dominique de rencor hacia Éric y tienen que pasar muchos años, y la experiencia catártica de un funeral falso, para que madre e hijo hagan las paces y se acerquen otra vez.

«En cuanto a su madre, cero sorpresas. Dominique observaba el día que acababa de vivir para calcarlo idéntico al siguiente. No había la menor variación en su monotonía. Por supuesto, la presencia de su hijo alteraba su estado de ánimo. La tensión era palpable. Sin embargo, Éric hacía un esfuerzo, manifestaba interés hacia su madre, le preguntaba por sus horarios o por los amigos con los que se veía. Ella se daba cuenta de que estaba tratando de reforzar lazos, pero no lograba dejarse llevar por conversaciones anodinas. Al ver a su hijo sentado delante del televisor, le soltó: “Siempre dices que yo nunca sonrío, pero tú tampoco. Sinceramente, tienes un aire siniestro...”. Pronunció estas palabras con suma parsimonia, sin atisbo de acritud. Era innegable, tenía razón». (p. 40)

LAURENT

Autor de una única novela, *La desesperación de las ostras*, Laurent desempeña con eficacia su papel de marido y padre mientras Amélie hace carrera política, tiene alguna aventura extramatrimonial y busca subterfugios para estar lejos de su familia. La pandemia trastoca las dinámicas del hogar, y mientras Laurent debe dedicarse a dar clases para sus alumnos del instituto, la carga laboral de Amélie mengua hasta que termina perdiendo su puesto cuando hay nuevas elecciones. A la incertidumbre profesional se suma una crisis conyugal que, él lo sabe, viene gestándose desde hace mucho tiempo. Después de separarse de Amélie, Laurent publica su segunda novela, *Estoy bien*.

«La trayectoria literaria de aquel hombre se resumía sustancialmente en un post de Instagram de su esposa. Ciertamente que Amélie prefería destacar otras cualidades de Laurent. Cuando hablaba de él, insistía en lo bien que cuidaba de sus hijas. No podría hacer nada sin él, añadía. Pero algo desentonaba en aquel elogio de baratillo. ¿En qué punto se encontraba su auténtica vida en común? La personal, la íntima, incluso la sexual. Éric imaginaba que debían de hacer el amor con regularidad, relaciones a iniciativa de Amélie para paliar la imagen inconfesable del desgaste. La reproducción continua de un tráiler de erotismo aguerido cuya película seguramente fuera una decepción. Sin duda, aquella idea nacía de la última impresión que ella le había dejado, el hecho de que prefiriera remolonear en un bar con él antes que volver a su casa. Solo de una cosa estaba seguro: al cabo de unos días, Amélie publicaría fotos tomadas en las pistas de Val-d'Isère, fotos de la vida feliz de las vacaciones. Éric empezaba a intuir en aquel alarde incesante de felicidad la promesa de un precipicio». (p. 38)

EXTRACTOS POR TEMAS

UN MALESTAR LLAMADO HASTÍO

«Éric había renunciado a un puesto prestigioso para encontrarse un lunes por la mañana en un despacho perdido entre otros despachos y sin saber qué hacer. Tenía la enojosa sensación de estar ocupando el lugar de uno de los muchos becarios a los que él mismo había dado la bienvenida a lo largo de los años. De pronto lo asaltó una certeza: había cometido un error garrafal al aceptar aquel cargo. Todo lo angustiaba. Tendría que mostrarse sonriente, dinámico y hasta ambicioso, justo lo que no había tenido que hacer en mucho tiempo. Siempre había un elemento de peligro en el cambio. Le costaba discernir qué procesos del inconsciente lo habían llevado

a dejarse convencer. Olvidaba en aquel instante que llevaba meses asfixiándose; había tomado su decisión por un deseo de explorar nuevos horizontes, más que de un porvenir. Empezaba a darse cuenta de que se había estado haciendo ilusiones, y de que su malestar lo perseguiría allá donde fuera». (p. 23)

«Hacia el final de su etapa en Decathlon, alguna que otra vez había experimentado algo así como una necesidad de lentitud. Había sufrido entonces un cansancio que su entorno asoció con el agotamiento laboral. Había mirado a los ojos a la melancolía y se había dejado arrastrar por una fuerza que ponía en tela de juicio el interés de la acción más insignificante. Algo emparentado con aquello lo asaltaba ahora, y no le que-

dó más remedio que reconocer que su indisposición de la víspera no se debía a una debilidad pasajera. Había que escuchar las manifestaciones corporales. Sin embargo, la noche había sido tan agradable, y una parte de él estaba deseando volver a ver a Amélie. Pero la apatía regresaba, lo percibía sin asomo de ambigüedad. En el fondo, la reunión con Samsung no tenía ningún interés. Estaba mintiendo, representando un papel, nada de lo que le tocaba vivir tenía el más mínimo sabor. En el corazón de la muchedumbre seulesa, reconoció por fin lo esencial: se sentía desfasado con respecto al resto del mundo, y no veía ya ninguna motivación para enlazar los días. Sencillamente, había dejado de encontrarle sentido a lo que se le antojaba una comedia extenuante». (p. 95)

«Ya no obraría más en contra de su deseo. Esta decisión le resultó inquietante, pero no demasiado. ¿Puede sobrevivir un matrimonio sin hacer el amor con regularidad? Quizá debería haber interrogado a quienes la rodeaban, preguntar a los demás acerca de sus técnicas para afrontar el paso del tiempo. Pero, en fin, no terminaba de verse a sí misma en medio de una reunión preguntando a los miembros de su equipo: “¿Y tú? ¿Con qué frecuencia te acuestas con tu pareja?”. En el fondo, la respuesta tampoco le importaba tanto. La vida de los demás le interesaba cada vez menos. ¿Podría hacer ella lo que había hecho Éric? Dejarlo todo atrás sin preocuparse de nada... Pensar en ella y solo en ella. En ese caso le diría a su marido: “Ya no me apetece hacer el amor contigo. Ya no te deseo. Búscate a

otra si quieres”. Al fin y al cabo, estaba cansada de llevar las riendas de su relación». (p. 166)

LA MEJOR VERSIÓN DE SÍ MISMOS

«Durante aquel primer almuerzo, Amélie presentó a Éric como si fuera un viejo amigo. Una vez más, parecía confundir la longevidad de una relación con su intensidad. Él, desde luego, no iba a contradecirla declarando: “Yo a esta mujer no la conozco. Habré hablado con ella tres veces en mi vida, y fue hace más de veinte años...”. Todo lo contrario, hizo gala de una docilidad implacable. Para dar credibilidad al relato de esa complicidad repentina, Éric iba aderezando la escucha con sonrisas leves. De nuevo (¿sería una obsesión?), Amélie aludió a sus raíces bretonas. Quería brindar a sus colaboradores la mejor versión de sí misma. Era esa chica simpaticona que había conservado sus amistades de la infancia y que, a pesar de su cercanía a las altas esferas del poder, no renegaba de sus orígenes. Éric tenía la vaga impresión de servirle de coartada en el ejercicio de su mitomanía. No lograba distinguir si le resultaba patético o conmovedor; puede que ambas cosas fueran lo mismo». (p. 24)

«Pinchó el enlace de Instagram para abrir las fotos de Amélie. A pesar de que tenía el perfil público, a Éric se le bloqueó la página al cabo de unos segundos. Decidió crearse una cuenta. De nuevo se incorporaba a una red social para perseguir a alguien. Enseguida se encontró frente

a la narración en imágenes de una vida. Ciertas existencias se transforman en fotonovelas. Varios años quedaban condensados a través de un prisma de recuerdos sonrientes que rezumaban alegría de vivir. Era como la parodia de una felicidad manifiesta; sin embargo, las escenas parecían sinceras. Amélie tenía la capacidad de ocupar por completo el presente, celebraba de manera simultánea y con soltura tanto su faceta personal como la laboral. En la foto más reciente aparecían sus dos hijas decorando un abeto de dimensiones impresionantes, ridículamente excesivo. Cuanto más se comparan las vidas unas con otras, más risible es el cariz que toma la competición». (p. 38)

«Tantas veces había pasado por delante de aquella escultura sin prestar atención a su título:

Soy bella

Desde hacía años, desde siempre, corría para atrapar un destino que se le escapaba delante de las narices. Amélie había intentado ser buena alumna en todas las etapas y roles de su existencia, hacerlo todo bien, hacerlo todo siempre bien, y la vida no había parado de echar por tierra sus esfuerzos; se sentía agotada de desilusiones. Por supuesto, reconocía que era una privilegiada en muchos aspectos, pero una especie de malicia del destino seguía frustrando sus sueños. Se sentía cansada y melancólica. La luchadora se había rendido. El título de la escultura fue algo así como una aparición. Amélie lo escuchó como un mandato destinado a ella. La sensación sería quizá efímera, pero daba igual. En aquel preciso instante vivió esas palabras

como un consuelo, una vía, una forma de recuperar la confianza». (p. 203)

LA VIDA FELIZ

«—Quiero darte las gracias de todo corazón por lo que estás haciendo. Es valiosísimo para mí. Pero a veces me pregunto si te encuentras bien en el ministerio. Si no echas de menos tu vida de antes...

—No, en absoluto.

—¿Eres feliz?

La pregunta era directa. Nada más complejo que la definición de la felicidad. Debía responder rápido si no quería delatarse.

—Por supuesto. Es un trabajo estresante, pero me encanta lo que hacemos.

—Qué bien que me lo digas, porque no siempre se nota. Cuando celebramos el contrato en Brasil, por ejemplo, se te veía como en otra parte.

—Seguramente porque estaba cansado por el *jet lag*.

—Comprendo. Sea como sea, quiero que sepas que conmigo puedes hablar...

En aquel instante, a Éric lo asaltó algo parecido a una duda. Se preguntó si Amélie tendría buenas intenciones o si había orquestado aquel encuentro para meterlo en cintura. Mantenía con frecuencia esa clase de discurso bicéfalo. Aspiraba a trabajar con un equipo dinámico, entusiasta, alegre. De nuevo, su faceta estadounidense. Poco faltaba para que los obligaran a repartir abrazos con cada reunión que salía bien». (p. 28)

«Aquel año, Corea del Sur ocupaba el cuarto puesto en la tabla de países con las tasas de suicidio más altas del mundo. Más allá de la presión constante que sufría una parte de la población, podía comprobarse un recrudecimiento particular de la tragedia entre la juventud de dieciocho a treinta y cuatro años. El miedo al futuro se volvía cada vez más agobiante, y una peligrosa sumisión al éxito lo agravaba, así como la humillación en caso de fracaso. Esta sociedad fundamentada en gran medida en las apariencias (cuántas chicas no se operaban para tener la misma cara, por prurito de no salirse de los cánones de belleza estandarizados) daba de lado a los que no lograban alcanzar lo que se consideraba como éxito. Sobre ese terreno fértil prosperaba Happy Life, tentativa casi mística de proporcionar un antídoto a la desesperación. El concepto se asentaba en una constatación sencilla: enfrentarse a la muerte podía hacer que se recuperara el gusto por la vida». (p. 97)

«Los retos terrenales parasitaban el movimiento celeste. Como no quería renunciar a aquella experiencia que parecía cobrar cada vez más sentido, acabó anotando cuatro palabras: “papá”, “huérfano”, “trabajo” y “remordimiento”. Así fue como se las arregló para escribir lo siguiente:

Éric Kherson nunca olvidó la alegría de convertirse en padre. Una alegría que superaba a todas las demás de su vida. Sin embargo, siempre lamentó no haber estado lo bastante cerca de su hijo. También tuvo la bendición de unos padres maravillosos y cariñosos. Sufrió por no ser capaz

de reconciliarse con su madre. Podía estar orgulloso de su carrera profesional, aunque su malestar lo convirtió a menudo en una criatura ausente del mundo.

Se demoró en aquellas palabras, “una criatura ausente del mundo”. Éric habría querido añadir más elementos, sobre todo relativos a la faceta alegre de su vida, pero todo aquello lo había pillado desprevenido. Esas pocas palabras, no obstante, le sentaron bien; se sintió obligado a ahondar en las profundidades de sí mismo, sin escurrir el bulto». (p. 110)

«Cada vez más jóvenes sufrían depresiones a consecuencia de las oscuras perspectivas que planteaba el futuro del mundo, especialmente en lo relativo a las catástrofes climáticas. Las nuevas generaciones parecían socavadas también por el poder de las redes sociales. Más que nunca, la humanidad se construía a partir del veneno de la comparación. La vida se vivía observando las del resto, lo que no hacía sino acentuar el más mínimo sentimiento de fracaso personal. Era casi inevitable sentirse inferior o desdichado. Ni lo bastante guapo, ni lo bastante rico, ni lo bastante amado, ni lo bastante feliz. Todo esto transformaba la juventud en un territorio de fragilidades. Los adolescentes debían tener acceso a esa terapia que brindaba la posibilidad de relativizar los desafíos. ¿No era acaso la conciencia de la muerte la mejor baza para fraguar un futuro? El peso de la petición fue tal que se permitió que los menores participasen en el ritual, siempre con la autorización de sus padres». (p. 151)

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

«Quizá fuera eso lo que quedaba al marcharnos: lo que nos habíamos perdido. Había una dominación clara de los fallos por encima de los logros. Pidió a su cliente que escribiera el epitafio. De nuevo, ¿cómo escribir en un minuto o dos algo que permanecería para siempre? Lo primero que se brinda a los ojos de los visitantes de un cementerio, a pesar de que cada vez se ven menos. Esa tradición de arropar la propia eternidad con una sentencia desaparecía paulatinamente. ¿Qué escribir? Éric no tenía la más mínima idea. Aunque participaba en aquella ceremonia de todo corazón, su elección no sería definitiva. Podía equivocarse; no era más que un borrador de entierro. De repente, le vino a la mente una frase que acababa de leer. Le parecía grandilocuente y dramática, pero le gustaba su sonoridad. Al bajar a echar un vistazo al sótano de su madre había vuelto a toparse con *La metamorfosis* de Kafka. Él, que se había alejado de las novelas, la estuvo leyendo durante el mes de enero y anotó varias citas, entre ellas la que ahora escogía por lo que evocaba: el final del dolor. Así pues, se decidió por estas palabras: “La tormenta de mi pasado que soplaba a mis espaldas se apaciguó”. (p. 111)

«Comprendió que su vida iba a cambiar por completo a partir de entonces. En el mismo lugar donde se había desvestido una hora antes vio su ropa colgada del perchero. Aquella acción se le antojaba lejana, casi borrosa. Cada elemento de su pasado, incluso su identidad, regresaba de manera progresiva como regre-

sa la consciencia después de un sueño agitado. Yoon le había dicho que podía tomarse todo el tiempo que quisiera en aquel cuarto. De todos modos, no se sentía capaz de marcharse deprisa, de reencontrarse súbitamente con el frenesí urbano. Necesitaba dejarse llevar en ese estado intermedio indefinible. ¿Cómo poner en palabras lo que acababa de vivir? Si alguien lo hubiera interrogado en aquel preciso momento lo habría tomado por un loco o un caso perdido. Por lo demás, no tenía ni la menor idea de lo que debía hacer. Su teléfono apagado recibía los incontables mensajes de Amélie. Él, que había sido siempre empático y sensible a las inquietudes de los demás, se sentía embargado de pronto por una sola preocupación: él mismo.

Haría falta tiempo para determinar el alcance de la experiencia. Yacer en un ataúd podía modificar la trayectoria de una persona. Si aquellas ceremonias coreanas gozaban de tanto éxito era por su efecto realmente benéfico. Hay una clara diferencia entre el hecho de ser consciente de la muerte y el hecho de (casi) vivirla. Quienes han estado al borde de morir suelen conocer esa sensación. Regresan a la vida transfigurados. Han sobrevivido a la cercanía con lo definitivo y se vuelven mucho más fuertes gracias a haber sufrido una fragilidad tan extrema. Muchos artistas son de hecho supervivientes. Éric iba a sentir eso mismo. No solo tendría por fin ganas de vivir, sino que a partir de entonces necesitaría dirigirse a la belleza». (pp. 116-117)

«Con aquel mensaje afloraba de nuevo todo el año 2017. El primer café con

Éric y todas las misiones que llevaron a cabo juntos. Por último, revivió su noche en Corea, aquellas horas imborrables. Volvía a verse con él, dos fugitivos de la lluvia refugiándose en aquel local tan encantador. Era como si una pátina intemporal hubiera impregnado el recuerdo. Amélie empezó a escribir un mensaje, pero algo le paró los pies. Quizá una parte de ella le guardara aún rencor. Una certeza: aquel hombre nunca dejaría de sorprenderla. Se dijo

que había algo muy hermoso en la idea de que mirar a los ojos a la muerte te hiciera amar aún más la vida». (p. 191)

«—¿Qué has hecho estos años?

—He explorado todos los rincones de la desilusión —contestó Amélie.

—Menuda fiesta...

—No te burles... ¿Y tú? ¿Qué has hecho?

—He vuelto a vivir».

(p. 214)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. A los cuarenta años, y a pesar de tener una buena carrera profesional, Éric es un hombre vencido por el hastío. ¿Cuál es el origen de esta sensación? ¿Qué lo impulsa a distanciarse, paulatinamente, de sus afectos: su madre, su esposa y su hijo?
2. Éric tiene la sensación de ser el protagonista de una vida gris y sin sorpresas que contrasta con la de Amélie, o para ser exactos, con la capacidad de ella para ofrecerle al mundo un atractivo relato de sí misma que se fundamenta en algunas verdades y bastantes mentiras. ¿En qué circunstancias necesita adornar su vida con mentiras? ¿De dónde surge su mitomanía?
3. Amélie finge felicidad doméstica y apego por unos orígenes bretones de los que, en verdad, reniega. En Corea del Sur, Éric y miles de ciudadanos más celebran funerales falsos. Isabelle simula que su relación con Marc va bien y el padre de Éric, aunque adquiere la nacionalidad francesa, continúa sintiéndose, hasta el final de su vida, un fraude ante las autoridades del país al que ha emigrado. Pensando en estas situaciones, y otras que se dan a lo largo de la novela, ¿qué sucede con la verdad y la mentira en *La vida feliz*? ¿Existe un límite claro o son, en cierta medida, figuras que se confunden?
4. Entre las fuertes turbulencias durante el vuelo, el desmayo de Éric, la enigmática reacción del médico, el momento de intimidad con Amélie en una ciudad desconocida y el hallazgo de Happy Life, la visita a Seúl se reviste de extrañeza. ¿La novela cambia de registro cuando Éric y Amélie emprenden el viaje? ¿Por qué pensáis que el autor le confiere a la narración un matiz misterioso que roza lo fantástico?
5. Durante la estancia en Seúl, ¿cómo se comporta Amélie? ¿Es la misma de siempre? ¿Cómo repercute en ella el desmayo de Éric?

6. Desde la adolescencia, Éric y Amélie son personajes con actitudes muy distintas que han conducido sus vidas por caminos paralelos. En sus diferencias, sin embargo, hay algo complementario que los convierte en un excelente tándem profesional. ¿Qué los lleva a congeniar? ¿Por qué Amélie busca a Éric? ¿Qué le atrae de él? ¿Y qué siente Éric al lado de una mujer como Amélie?
7. La experiencia vivida en Happy Life supone un punto de inflexión para Éric, que no solo recupera las ganas de vivir y experimenta un giro trascendente, sino que decide llevar la práctica surcoreana a Francia y transformarse en terapeuta de sus clientes. Aunque la muerte sea ficticia, ¿por qué tiene la capacidad de operar un cambio en él? ¿Pensáis que la práctica de los funerales falsos realmente puede tener un efecto terapéutico que contribuya a recuperar el bienestar?
8. El epitafio que Éric escoge es una cita de Franz Kafka: «La tormenta de mi pasado que soplab a mis espaldas se apaciguó». En relación a Éric, ¿cuál es el significado que tiene esta frase? ¿Por qué la elige? Y la semblanza que escribe ¿qué nos dice acerca de él?
9. La muerte del padre en un accidente es un acontecimiento que marca la vida del protagonista. A diferencia de la muerte ficticia, que da pie a segundas oportunidades, ¿cuál es el efecto que tiene esta muerte real? ¿Por qué Éric se siente tan culpable? ¿Cómo influye en él la reacción de Dominique?
10. Tras perder a su padre, Éric no tarda en marcharse de Rennes, huyendo de un pasado que es una pesada carga. Amélie también se va de la ciudad en cuanto termina el bachillerato y rara vez regresa a esa Bretaña que evoca con fingido apego cuando habla con su equipo. ¿Qué representan los orígenes en la novela? ¿La actitud de los protagonistas respecto a los orígenes cambia a lo largo de la novela? ¿Por qué?

11. Éric y Amélie se encuentran cuando ella está en pleno ascenso político y él se siente hastiado, a punto de caer en un profundo bache anímico. ¿Cuál es el recorrido que trazan estos dos personajes en *La vida feliz*? ¿Habéis llegado a empatizar con alguno de ellos? ¿Pensáis que, a pesar de las diferencias, están retratados con el mismo afecto por parte del autor?
12. Momentos antes de descubrir que su amante, Ben, le ha mentado, Amélie camina por una París extrañamente tranquilo y el narrador dice: «todo parecía escrito para la felicidad, algo que nunca es buena señal». ¿A qué se debe esta desconfianza hacia la felicidad? ¿Qué lugar ocupa la felicidad en la novela? ¿Es un estado asequible o un relato en el que los personajes se proyectan?
13. La vida feliz que da título a la novela ¿es aquella que se expone en las redes sociales y está sujeta al mandato de las apariencias? ¿O es el camino que comienzan a recorrer los protagonistas cuando, tras tocar fondo, van hacia ellos mismos y la belleza?
14. Después de la ceremonia del falso funeral, Éric descubre que no solo tiene ganas de vivir, sino que a partir de entonces necesita dirigirse hacia la belleza. Muerte y belleza vuelven a ir de la mano cuando, inspirada en una escultura de Auguste Rodin, Amélie pone en su epitafio la frase «soy bella». ¿Qué papel desempeña la belleza en la novela? ¿Cómo se accede a ella? ¿Y cuál es su importancia?
15. Echando la vista atrás, Éric sigue una cadena de acontecimientos que, fruto muchas veces del azar, desemboca en el hecho de que él y Amélie se encuentren y comiencen una vida juntos. ¿Existe una distinción entre azar y destino en la novela? ¿El azar siempre tiene un impacto positivo? Y pensando en aquella frase escrita en el instituto, ¿dirías que Éric y Amélie estaban destinados a estar juntos?

EL AUTOR



© Catherine Hélie

DAVID FOENKINOS nació en París en 1974. Licenciado en Letras por la Universidad de la Sorbona, recibió también una sólida formación como músico de jazz. Entre sus novelas, acogidas con entusiasmo por los lectores y la crítica en todo el mundo y traducidas a muchos idiomas, destacan *El potencial erótico de mi mujer* (Premio Roger-Nimier 2004), *En caso de felicidad* (2005), *Los recuerdos* (2011), *Estoy mucho mejor* (2013) y, sobre todo, *La delicadeza* (2009), que fue merecedora de diez galardones y finalista de los premios literarios más prestigiosos en Francia, como el Goncourt, el Renaudot, el Médicis, el Femina o el Interallié, y que posteriormente fue llevada al cine por

el propio autor y su hermano Stéphane. En 2010, Foenkins, melómano y fan incondicional de John Lennon, decidió publicar una singular biografía novelada, *Lennon*, con la que Alfaguara inició en 2014 la publicación de su obra. En 2015 fue galardonado con los prestigiosos premios Renaudot y Goncourt des lycéens por *Charlotte* (Alfaguara, 2018), un libro único que rescató del olvido a la pintora Charlotte Salomon. Tras el éxito de *La biblioteca de los libros rechazados* (Alfaguara, 2017), adaptada al cine, Alfaguara ha publicado también *Hacia la belleza* (2019), *Dos hermanas* (2020), *La familia Martin* (2021) y *Número dos* (2022), ganadora del Prix Nice Baie des Anges.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una novela llena de vida sobre las fronteras de la muerte».

Le Soir

«Foenkins firma su novela más magnética después de *La biblioteca de los libros rechazados*».

La Presse

«Vuelve Foenkins con una historia tierna y fantásica, como muy bien sabe imaginarlas».

Elle

«Autor multipremiado, Foenkins mantiene bien vivo su idilio con los lectores. Una reflexión tierna y cómica sobre los mandatos sociales y el sentimiento de culpa».

Culturebox

«El ingenioso David Foenkins pone en manos de su protagonista una idea sorprendente: experimentar la propia muerte. ¿Será esta la oportunidad para vivir intensamente?».

Marianne

